

# La función del analista en la construcción del espacio psíquico



MÓNICA EIDLIN<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N139.A10

ORCID: [HTTPS://ORCID.ORG/0009-0001-9320-4381](https://orcid.org/0009-0001-9320-4381)

RECIBIDO: AGOSTO 2024 | ACEPTADO: SETIEMBRE 2024

## RESUMEN

Este trabajo aborda la experiencia analítica con pacientes que viven en un estado de constante inquietud psíquica, experimentando las demandas internas y externas como amenazas que desestabilizan su frágil equilibrio psíquico. A través del caso de Ana, se analizan las manifestaciones de la vulnerabilidad del yo, donde el temor a la desorganización mental la lleva a emplear mecanismos defensivos extremos, como la identificación proyectiva y la construcción de un «muro narcisista» que la aísla de la relación con el analista. La paciente presenta dificultades para construir su propia historia, con trastornos en la temporalidad y espacialidad, lo que impide la creación de un campo de trabajo analítico durante un período prolongado. A pesar de la presencia regular de Ana en las sesiones, su discurso inquieto y excesivamente cargado de afectos dificulta la posibilidad de ser escuchada y pensada. Desde una perspectiva contratransferencial, el trabajo reflexiona sobre los desafíos que plantea el tratamiento de pacientes con una fragilidad significativa en su sentimiento de sí y en sus relaciones con los otros, cuyo origen

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [monicaeidlin@gmail.com](mailto:monicaeidlin@gmail.com)

radica en fallas tempranas en la estructuración del yo, generando límites confusos que obstaculizan el establecimiento de una nueva forma de relación objetal en el encuadre analítico.

**DESCRIPTORES:** TRANSFERENCIA / CASO CLÍNICO / CONTRATRANSFERENCIA  
/ BORDERLINE / VACÍO / IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

## SUMMARY

This paper deals with the analytical experience with patients who live in a state of constant psychic restlessness, experiencing internal and external demands as threats that destabilize their fragile psychic equilibrium. Through Ana's case, we analyze the manifestations of the vulnerability of the ego, where the fear of mental disorganization leads her to use extreme defensive mechanisms, such as projective identification and the construction of a «narcissistic wall» that isolates her from the relationship with the analyst. The patient has difficulties in constructing her own history, with temporal and spatial disturbances that prevent the creation of an analytic work field for a prolonged period of time. Despite Ana's regular presence in the sessions, her restless and overly affective discourse hindered the possibility of being heard and thought. From a countertransferential perspective, the paper reflects on the challenges of treating patients with a significant fragility in their sense of self and in their relationships with others, which originates in early failures in structuring the self and generates confusing boundaries that hinder the establishment of a new form of object relationship in the analytic setting.

**KEYWORDS:** TRANSFERENCE / CLINICAL CASE / COUNTERTRANSFERENCE  
/ BORDERLINE / EMPTYNESS / PROJECTIVE IDENTIFICATION

Algunos pacientes viven en un estado de inquietud psíquica casi permanente, ya que vivencian las demandas del mundo interno y externo como una amenaza constante y potencialmente traumatizante para su equilibrio psíquico. Cualquier situación que les requiera un vínculo emocional más profundo descubre una susceptibilidad extrema al rechazo, a la herida narcisista y a la pérdida del otro. La fragilidad de su estructura psíquica es tal que el temor a la desorganización mental los lleva, en algunos casos, a refugiarse en sí mismos en un intento de protección extrema de un yo precariamente constituido.

Ilustraré estas ideas a partir del caso de Ana. En ella, la angustia, el dolor psíquico que atacó su capacidad de pensar y elaborar sus afectos solo podía adivinarse a través de una catarata de pensamientos obsesivos, reiterativos, confusos, que reproducían en mi mente la imagen visual de un muro de piedra invencible y narcisista que se interponía entre ambas. Asistía a la consulta regularmente; sus faltas eran excepcionales. Pero, una vez instalada en el espacio analítico, recreaba inmediatamente un ambiente propio, inaccesible y omnipotente, constituyente de una «protección anties-tímulo psíquico» (Green, 1983/1986) que me excluía como objeto externo. Sin embargo, su discurso inquieto, sin cortes ni pausas, movilizaba a su vez una descarga excesiva de afectos indiscriminados, cargados de proyecciones inquietantes, como si intentara comunicarme la amenaza de un yo que se vacía, se desvanece y necesita desesperadamente reunirse con una analista-objeto que la reasegure del riesgo de una amenaza a su integridad. El uso constante de la identificación proyectiva revelaba la imago de un lactante invadido de sentimientos y emociones incontrolables, que desbordaba mis posibilidades de escucharla y pensarla. Tal vez esta era la única manera que Ana podía compartir conmigo «los efectos de una experiencia catástrofica, sufrida en su vivencia relacional precoz en un momento en que era incapaz de contener y de elaborar psíquicamente lo que experimentaba» (McDougall, 1978/1982, p. 229). Hacerme sentir lo que no podía representar, la extrema rigidez y el derrumbe narcisista, movimientos que ocurrían casi instantáneamente y me colocaban, desde lo contratransferencial, al límite de mis posibilidades de funcionar como analista.

A partir de estas características y otras que iré desarrollando, mi interés en este trabajo es reflexionar sobre la particularidad del encuentro analítico

que se establece con pacientes que, como en el caso de Ana, padecen de una fragilidad importante acerca del sentimiento de sí y en la relación con los otros, en donde los límites confusos indican fallas en la estructuración temprana del yo. Las dificultades de Ana en la construcción de su propia historia, los trastornos en la temporalidad y espacialidad impidieron, durante varios meses, la instauración de un campo de trabajo, de un vínculo entre Ana y yo. Ya desde la primera sesión percibí una atmósfera desconcertante, perturbadora y, sobre todo, muy confusa. ¿Qué espacio le dejó su madre? ¿Qué espacio le dejó ella a la madre? ¿Cómo ir construyendo límites que determinen una nueva forma de relación objetal en el interior del encuadre analítico?

A su vez, propongo interrogarnos acerca de los efectos en la contra-transferencia que hacen difícil al analista sostenerse en un lugar permanentemente amenazado. Momentos regresivos del análisis nos revelan una dinámica transferencial y contratransferencial que Green (1983/1986) describió como la «intrusión y exclusión del objeto». Transferencias intensas, prematuras y rápidamente fluctuantes que, como señala O. Kernberg (1975/2001), «tienden a provocar en el terapeuta fuertes reacciones contratransferenciales que, en ocasiones, revelan la esencia más significativa de las caóticas manifestaciones del paciente» (p. 58). En este escenario, el analista debe cumplir el papel, según la terminología de Bion (1962/1980), de «aparato pensante».

Sin embargo, estos casos desafían la capacidad del analista para pensar. Ponen a prueba su habilidad para tolerar la expresión transferencial de afectos que aún no han sido significados, su capacidad para manejar sus propias actuaciones, su tolerancia hacia la falta de comprensión y su inseguridad respecto a su rol como psicoanalista. ¿Acaso esto y más no formará parte del proceso de análisis con este tipo de pacientes? ¿Cómo movernos en este escenario? ¿La urgencia por realizar interpretaciones o señalamientos es respuesta a las demandas del paciente o a la necesidad del analista de rescatarse de una situación transferencial-contratransferencial que lo desborda e inmoviliza? Tal vez lo importante, como señala Winnicott, es ser capaces de esperar. Es el paciente el que dará las señales de aquello que, de su historia subjetiva, no pudo ser comprendido ni traducido en un espacio analítico en el cual la función de la analista-objeto se

prestará «a simbolizar» (en su alteridad) y «para simbolizar» (favorecer la simbolización) (Roussillon, 1999).

Ana me consultó cuando tenía dieciocho años, derivada por un psiquiatra. Algunos años atrás había comenzado una psicoterapia psicoanalítica –que abandonó luego de unos meses– a causa de una depresión grave que ella relacionaba, y esto es lo llamativo, no con una ruptura amorosa, sino con la posibilidad de comenzar una relación amorosa con un chico que le gustaba mucho. A partir de allí comenzó con intentos suicidas, abandonó sus estudios y a sus amigas. Contaba que necesitaba estar sola la mayor parte del tiempo, pues permanentemente se comparaba con sus compañeras, sus padres y sus hermanos, y se sentía inferior.

Había comenzado tres carreras diferentes y las había abandonado al poco tiempo. No obstante, en ocasiones buscaba liberarse de la sensación de desborde o de vacío emocional a través de contactos sexuales casuales y una vida de peligrosa promiscuidad. Desde entonces, vivía en una dolorosa soledad, convencida de que sus padres eran los culpables de todos sus problemas, y cuando fracasaba en algunas de sus relaciones, lo cual ocurría habitualmente, los otros se convertían en los responsables de sus conflictos no resueltos.

Estoy en un pozo depresivo, lo único que quiero es morirme. La vida se me terminó, me tiene horrible, no voy a ser nada, no tengo nada, me siento totalmente frustrada, y todo por culpa de él. Es raro, todo estaba bien hasta que quiso empezar a verme más seguido. Me gustaba, pero fue como que se paró el mundo; fue un shock enorme. Me acuerdo que cuando me lo dijo, al otro día me tomé un paquete de pastillas, hice una mezcla y estuve internada cuatro días. No lo quise ver más. Ni sé lo que tomé. Pero después me pasó otras veces: iba a clase y me sentía inferior. Vivir con mis padres es enloquecedor, ellos son los exitosos, y yo una incapaz. En el examen que di en mayo me fue mal, y me vino un ataque de agresividad que empecé a romper cosas. Vino la emergencia y terminé internada.

Desde las primeras entrevistas y durante un tiempo prolongado, sentí la presencia de una atmósfera desconcertante, confusa y frustrante. Ella hablaba de muchas situaciones diferentes a la vez, lo cual dificultaba

seguirle el hilo de su pensamiento. A pesar de ello, decidí tolerar su confusión intentando empatizar con la totalidad de la situación emocional de Ana, incluidos los aspectos vulnerables y angustiados de su vivencia subjetiva. Lentamente fui descubriendo que la manera en que Ana descargaba su sufrimiento no consistía en una demanda a un otro-analista que la escuchara, la comprendiera; no buscaba la eficacia del poder interpretativo de su analista. La sensación era de estar frente a una niña asustada, desbordada, que necesitaba ser escuchada y, al mismo tiempo, intentaba defenderse de un terror a la desorganización que actuaba como telón de fondo y necesitaba imperiosamente expulsarlo de su esfera psíquica. Todos mis intentos de hallar algún significado eran ignorados: «Ah, no sé, no sé». No solo me excluía como interlocutor, sino que parecía que sus esfuerzos estaban dirigidos a inmovilizar a su analista y hacerme sentir «incapaz» de tomar contacto con su mundo interno. Y lo lograba. Ana me necesitaba para inmovilizarme, algo que comprendí tiempo después.

Mientras tanto, preocupada por encontrar un buen nivel de investidura, intentaba igualmente algunas preguntas, algunos señalamientos, como un modo de eludir un estado de vacío, producto de excesivas identificaciones proyectivas, que se iba apoderando del espacio analítico amenazado de «congelamiento» o de «petrificación» (Roussillon, 1999). En algunas ocasiones, cuando su discurso era muy confuso, mis intervenciones apuntaban a discriminar lo que era de ella y lo que no, la ayudaba a ordenar, a jerarquizar, un modo de estar presente sin comprometer el análisis de la relación transferencial.

Ana era muy insistente en sus demandas de aprobación y justificación de sus conductas agresivas. Era todo o nada. Si yo intentaba mostrarle algo diferente, lo sentía como un ataque a su persona, y nuevamente el encierro omnipotente de autosuficiencia activaba un movimiento de «desinvestidura» (Green, 1990) que se manifestaba en un no querer saber ni escuchar. Nuevamente: “No sé, no sé”. No podía aceptar nada de mí y yo no debía decir nada, sino escuchar pacientemente. Me sentía incapaz e identificada con un espacio vacío de objetos, sin saber qué decir. Y si intentaba correrme de ese lugar-no lugar asignado, su discurso se aceleraba al modo de un hemorragia mental que impedía todo intento de establecer un límite.

Ana me comunicaba «un doble de su experiencia afectiva y corporal» (Green, 1990), y yo me convertía en su homólogo; yo no representaba a su madre ausente, yo era su madre ausente, sin palabras e inmovilizada, incapaz de marcar una diferencia que sostuviera mi función como «doble reflector» (Roussillon, 2004), y de esa manera crear un sentido nuevo de la relación analítica.

Durante un tiempo experimenté una sensación de impotencia, enojo y desaliento frente a una situación analítica que sentía temporalmente estancada. Pensé en más de una oportunidad en renunciar; no dudaba que ella necesitaba vivenciarme como una madre muerta, pero ¿cómo crear, parafraseando a Winnicott (1971), desde el «hueco», desde el «vacío», una forma de reunión con el objeto, cuando la existencia real del analista es negada? Aunque, paradójicamente, en algunos casos «lo único real es la brecha, es decir, la muerte, la ausencia o la amnesia» (p. 22).

Todos estos pensamientos fueron tomando cuerpo en mi mente. Tenía muy presente el impacto que le provocó la posibilidad de un vínculo más íntimo con el chico que le gustaba. En una sesión determinada, en contacto pleno con mi contratransferencia, intenté poner en palabras esa imagen tan recurrente en mí, el «muro de piedra». Le pregunté si el «no sé» tan presente en las sesiones no sería una forma de inmovilizarme y de sentir que ambas estábamos inmovilizadas. Le dije: «Yo no existo, por lo tanto, tú no existís para mí, y quizás tú sientas la necesidad de compartir esa experiencia conmigo...». Ana seguía hablando como si no me hubiera escuchado, y le agregué:

Tal vez salir de esta inmovilidad tan conocida supone acercarte más a mí y a esperar algo de mí. Tal vez sientas mucho temor a no recibir de mí lo que estás necesitando, y por eso prefieres inmovilizarme, congelarme, y de esa forma dejo de ser alguien que pueda fallarte, defraudarte.

En ese momento su discurso pareció quebrarse en una variedad de conductas no verbales y su cuerpo y su mirada adquirieron una movilidad particularmente sobrecogedora. ¿Una señal del inicio de una relación analítica? Lo que ocurrió después no lo podría definir como un gran cambio, pero sí algo había ocurrido. Ana en ocasiones se detenía a escucharme; mis

intervenciones vinculadas a su transferencia y a su funcionamiento mental no eran recibidas con indiferencia. Yo comenzaba a adquirir vida, aunque rápidamente desaparecía de su mundo interno. Parecería que la desaparición era lo que definía el vínculo. ¿Sería una forma de conservarlo?

Pudimos ir comprendiendo, junto con mis inquietudes por abandonar también el tratamiento, que lo que necesitaba recrear en la transferencia era «algo que no ocurrió, a causa de una ausencia de respuesta de parte de la madre/objeto» (Green, 1990, p. 82). Un material que se fue desplegando algunos meses después y nos permitió entender, a partir de algo que le había contado su abuela, que –siguiendo a Winnicott (1971)– lo «real» para Ana fue la ausencia de su madre, quien, inmediatamente después de su nacimiento, cayó en un estado depresivo importante a raíz de la muerte de un hermano. Permaneció en cama «inmovilizada» y ausente durante un tiempo prolongado debido a hemorragias recurrentes que luego reaparecieron esporádicamente a lo largo de su vida.

La «inmovilidad» fue adquiriendo entonces diferentes significados. Intentaba mostrarle, entre otras cosas, que mantenerme inmóvil era una forma de mantener un vínculo con una madre-analista ausente; quizás era una forma de no perderme. Reconocer mi existencia como alguien «real», pero separada, tal vez la hacía sentir desamparada y expuesta a una intensa sensación de inseguridad. Pero, al mismo tiempo, acercarse más a mí la hacía correr el riesgo de volverse muy dependiente de mí, y eso le generaba mucho temor.

Un arduo trabajo que supone, entre otras cosas, como señala Fanny Schkolnik (2007), la tarea de facilitar representaciones. Este objetivo busca construir puentes y realizar la facilitación de representaciones-meta que permitan construir conexiones y enlaces en una malla representacional fallante que impide el encadenamiento representacional necesario. Es un juego delicado que oscilaba entre derribar «el muro de piedra» y la transformación del vacío en una presencia existente, confiable, imaginable.

Pero quisiera detenerme justamente en esa oscilación: el movimiento que se produce desde ese congelamiento compartido hasta un creciente grado de discriminación del sujeto con el objeto primario, «de modo que si el sujeto intenta romper esta soldadura, corre el riesgo cierto de perder al objeto y, con el objeto, se pierde el débil sentimiento de sí que posee»

(Garbarino, 1986, p. 19). Ese intervalo que, según A. Green (1990), «se experimenta como tiempo muerto, al que el sujeto no sobrevivirá» (p. 83).

Al cabo de unos meses de análisis, Ana contó que había ido al dentista a sacarse las muelas de juicio: «No me gusta la idea de sacármelas, están muy adentro y están haciendo presión. También me impresiona que me saquen sangre. Vi una película de un parto, pero era un aborto, y me desmayé». Ella lograba contactar con el impacto de la separación-aborto-muerte. Tenía a su disposición una cadena de representaciones que podía verbalizar y trabajar en el análisis, en un registro diferente, aunque la representación pudiera establecerse en un nivel muy primario de la fantasía del cuerpo. Al mismo tiempo, su trato hacia mí se fue tornando cada vez más provocador. Buscaba innumerables motivos para criticarme, me decía que yo era demasiado cara para lo que hacía, que le gustaría una psicóloga más joven y que el título que colgaba de la pared lo había comprado en alguna feria de barrio. Llegaba tarde a las sesiones y estuvo ausente durante dos semanas debido a un viaje que hizo sin avisarme, lo cual contrastaba con ocasiones en las que se enfadaba porque quería extender la duración de las sesiones, mientras yo me adhería a los cincuenta minutos establecidos. Las transferencias fueron adquiriendo mayor complejidad y se volvieron más intensas en el despliegue de las demandas insaciables de las necesidades narcisistas. Comenzaron a surgir representaciones mentales más complejas y matizadas, incluyendo transferencias libidinales y agresivas. Mi inmovilidad dio paso al establecimiento de un objeto-analista anhelado y criticado. El doloroso reconocimiento de su lucha por anular mi existencia como alguien real y diferente se unió a interpretaciones sistemáticas y persistentes sobre su autosuficiencia como refugio del terror que significaba el compromiso afectivo conmigo y con los demás. Esto me convirtió en la responsable del reconocimiento de sus necesidades y dependencia hacia mí y hacia los otros, lo que fue dando lugar paulatinamente al afecto. Sin embargo, era un afecto cargado de una rabia intensa hacia mí cuando sentía que la abandonaba o no le daba más tiempo en las sesiones, hacia su padre por su indiferencia y hacia toda su familia por tratarla como un «bebé» incapaz y poco confiable. Esta rabia la ayudaba a evitar el acercamiento amenazante con el otro, sirviendo como una barrera protectora frente a la vulnerabilidad que implicaba la intimidad emocional.

El proceso de introyección del objeto-analista la enfrentaba a la locura de la expulsión, del aborto y nuevamente la desaparición, como ocurrió con su «enamorado». ¿El refugio en la inmovilidad como defensa frente al temor a perderlo todo? Sin embargo, las cosas que la hacían sufrir iban adquiriendo significado. Ana podía hablar de lo que sentía, comunicar su odio y su dolor. ¿Y el amor? No era tan fácil.

Recuerdo que, al final de una de estas sesiones tan extremas, recibí un mensaje en mi celular: «¿todo ok? gs» [gracias]. Paulatinamente fui comprendiendo que el mantenerme inmóvil era también una forma de protegerme de su intrusión. Un escenario analítico marcado por intensos movimientos de *inclusión* y *exclusión* en los que la presencia del otro fue gradualmente arraigándose en su mundo interno de forma más estable, acompañada de una incipiente preocupación por la supervivencia de su analista.

Los pacientes de hoy día presentan cada vez más una forma de padecimiento centrado en su imposibilidad de amar, sensaciones profundas de insatisfacción en las relaciones sociales, dificultad en el control de los impulsos y estados de angustia, vacío y depresión. La experiencia del vacío subjetivo se erige como una de las vivencias mentales y corporales más dolorosas, atrapando tanto al paciente como al analista en uno de los abordajes más desafiantes y enigmáticos de la clínica contemporánea. Intentaba una y otra vez entender o interpretar este vacío y sus efectos; sin embargo, no lograba captar completamente su esencia en su profundidad y complejidad. Sentía que Ana caía repetidamente en estas sensaciones, y yo me daba cuenta cada vez más de mis limitaciones para entender estas experiencias en su totalidad, temiendo que el vacío también pudiera afectarme. Esto nos conducía a ambas a enfrentar una posible situación de *impasse*. Un *impasse*, a mi entender en el caso de Ana, traducido en la imposibilidad del analista de desasirse de la inmovilidad que siente, como eco de la inmovilidad psíquica de su paciente. En este sentido, entiendo lo que dice Roussillon (2007) cuando habla de una «transferencia por inversión» que le permite al analista sentir el sufrimiento del paciente.

El analizando no viene simplemente a hacer reconocer lo que, de él, quedó como letra muerta en su historia; viene a hacer escuchar, ver o sentir lo que

no pudo tener lugar, y convoca al analista a ser el «espejo» de lo que en su historia fue negativizado: el «espejo de lo negativo» de su vida psíquica. Viene a hacer compartir lo que, por no haberlo sido históricamente, está en suspenso de apropiación subjetiva y negativizado. (p. 203)

Una situación similar a lo que ocurre con el bebé, mediatizada por una madre-analista que se haga eco de sus afectos y sensaciones. Pero, al mismo tiempo, se le debe explicar que lo que ella le muestra es el reflejo de lo que él siente, como un modo de evitar la amenaza de una confusión del yo y del otro. Como señala Green, un doble tiene que dejar lugar para el ausente en la posibilidad de crear un «objeto analítico» cuya condición esencial es que puedan establecerse relaciones de homología y de complementariedad entre el analista y el paciente.

Pero, insisto: la vivencia del cuerpo inmóvil, inerte, paralizado de su madre es lo que transferencialmente necesitaba hacerme sentir en diferentes momentos de la sesión. Esto revela que lo que no ocurrió fue la posibilidad de introyectar una estructura estable y confiable, semejante a la protección y sostén de la madre en el *holding* que señala Winnicott (1965) o como la madre continente de Bion (1962/1980), que se traduce en la mente del niño en la posibilidad de creación de representaciones sustitutivas. En el modelo bioniano, la madre debería ser capaz de recibir y aceptar aquellas experiencias insoportables que el bebé no logra procesar, soportar el efecto de estas proyecciones en su mente y en su cuerpo, pensar sobre ellas, comprenderlas y, una vez transformadas en su propia mente, devolvérselas paulatinamente en forma desintoxicada. Dentro de esta perspectiva, señala Viderman (1970) que la función del analista no se limita a revelar un sentido oculto, sino a construir un sentido nunca formado antes de la relación analítica.

En una palabra, abordamos un tipo de vínculo analítico dominado por una situación transferencial y contratransferencial no reductible al abanico de las neurosis denominadas clásicas; los pacientes que nos consultan demandan de nosotros que seamos copartícipes con ellos de la creación de lo que nunca estuvo. Nos enfrentamos con fallas a nivel de la represión originaria y una fuerte desmentida de la alteridad que afecta las posibilidades de simbolización al comprometerse el registro metafórico,

imprescindible para el trabajo elaborativo que permanentemente tiene que realizar el psiquismo.

Siguiendo esta línea, pienso que la propuesta de A. Green (1993/1995) sobre el «trabajo de lo negativo» nos ayuda a pensar también la enorme dificultad de Ana de investir positivamente la relación con los otros. Este autor señala que, cuando el bebé se ve confrontado con la experiencia de la muerte, su mente queda invadida por la no existencia del objeto; es decir, lo negativo no permite una sustitución positiva posible. No tiene que ver con la maldad del objeto en cuanto a su falta de disponibilidad, sino a lo no existencia del objeto, al vacío, a su ausencia. Es decir, el no objeto es el objeto. Winnicott (1971) procuró demostrar cómo este negativo, cómo este no objeto, llegará a ser en cierto punto lo único real. Incluso si el objeto reaparece, la realidad del objeto sigue estando ligada a su no existencia. En el caso de Ana, cuando mis intervenciones la acercaban a algo significativo e intolerable, mi presencia se desvanecía rápidamente y dejaba de registrarme. Nuevamente, el encierro: «No sé, no sé».

John Steiner (1997) ha denominado *refugios psíquicos* aquellos lugares de escondite interno o armaduras protectoras que buscan mitigar la ansiedad mediante un mayor o menor alejamiento de la realidad. En algunos casos, se desarrolla una relación peculiar con la realidad, en la cual esta no es aceptada en su totalidad ni completamente rechazada. Es posible observar cómo estos pacientes, con gran precaución, salen de estos *refugios*, de manera similar a como los caracoles salen de sus caparazones para luego retraerse nuevamente si el contacto emocional les provoca dolor o ansiedad.

Estos aspectos, entre otros, fueron revelando que detrás de los síntomas y las defensas a las que este tipo de pacientes pueden recurrir, lo que está latente es un temor básico a la fragmentación del yo. Son enormemente vulnerables y frágiles, y tal vez una de las formas de reasegurar su precaria identidad y alejarnos de la posibilidad de estar en contacto y, especialmente, ponerlos en contacto con experiencias dolorosas es, como Freud lo deja entrever en *Lo ominoso* (1919/1986b), la creación del doble como una imagen especular, una proyección al exterior, una representación corporal de sí que surge frente al miedo de muerte psíquica. Tal vez su inmovilidad, mi inmovilidad, era, aun así, una forma de existir. La búsqueda desesperada en el exterior –resaltarán César y Sara Botella

(2001a)– de ese «espejo» que le falta en el interior. El terror a la no representación le impone la percepción de un doble *material* narcisista que surge frente a un trauma infantil caracterizado por una no-ligazón, una fractura, un vacío en la trama de las representaciones. En esta zona, la intensidad de los afectos liberados desorganiza el psiquismo, generando un estado de cualidad psíquica que solo puede definirse en términos de no-investigación, de no-objeto (C. Botella y S. Botella, 2001b).

La atención flotante, la libre asociación y el trabajo de ligadura en busca de representaciones cargadas de significado no era suficiente para quebrar ese estado de parálisis en Ana y comprender los acontecimientos psíquicos en la sesión. No ofrecían una vía de acceso a eso no representable, a eso «desconocido», como bien señala G. Rosolato (1981), falta imprescindible para que se genere la búsqueda, motor que permite la simbolización. Desde esta perspectiva, César y Sara Botella (2001b) nos plantean que lo no-representable es accesible en la medida en que se produzca una verdadera regresión formal del pensamiento del analista hacia la figurabilidad, que responde al modelo del trabajo del sueño con los restos diurnos y con las impresiones sensoriales del momento. La figurabilidad del analista, nacida de un funcionamiento regresivo en doble anímico, tiene raíces a la vez en el inconsciente del analizante y en la propia capacidad del analista para tolerar la regredencia de su pensamiento, y puede culminar en la creación de nuevos lazos, de nuevos contenidos.

Describen un *trabajo en doble*, que en este caso, conjuntamente con mi contratransferencia, fue develando algo del orden de lo traumático.

A lo largo del análisis fui descubriendo que el «muro de piedra», imagen muy presente en mí, se dibujaba en mi mente como eco de eso incognoscible, desconocido, predominantemente inamovible. Pero, aun así, tenía que pasar cierto tiempo. Ana no estaba preparada para representarse no investida por el objeto, para representarse su no existencia en la mirada de su madre. Necesitaba refugiarse detrás del muro de piedra infranqueable donde nada sucedía, lo que impidió que me acercara e intentara ayudarla a tomar conciencia de su doloroso estado de desprotección no representado psíquicamente.

Un trabajo analítico que por momentos se revelaba limitado, estancado, pero en otros se destacaba cierta complementariedad, en tanto que,

como señala Roussillon (1999), yo me prestaba como depositaria de la historia de Ana no simbolizada que se reabría en la transferencia y funcionaba entonces como un objeto a simbolizar. Del mismo modo, el analista, en tanto es capaz de crear lo que en otro psiquismo permanece informe, funciona como objeto para simbolizar. El paciente interiorizará así esta función analítica que será entonces para él herramienta de futuras simbolizaciones.

Desde este lugar, en determinado momento logré poner en palabras la vivacidad de algunas de mis representaciones, aquellas que, según Viderman (1970), se gestan en el dinámico proceso de la transferencia, transformándose continuamente en diversas imágenes y símbolos que nos conectan con otros significados. Es decir, intervenir lo más cerca posible de lo que yo estaba sintiendo como reflejo de lo que ella sentía, o sea, su necesidad de sumergirse en una inmovilidad ilusoriamente protectora y a la vez mortífera, que disimula el terror de mi acercamiento a su mundo interior. De esa manera, quebrar la ilusión de autosuficiencia narcisista que se esconde detrás del muro de piedra. Un trabajo psíquico revelador y creador de nuevos sentidos a la no representación del analizante. Algo ocurrió, algo pudo ser representado, pero a la vez el paulatino reconocimiento de un otro-analista-madre la enfrentaba al peligro de la dependencia-pérdida-muerte, que provocaba rápidamente su retirada, el encierro, aferrándose a una imagen de sí misma frágil o efímera.

Es como si, cuando el analista logra reducir el poder del objeto malo, el sujeto no tuviera otro recurso que hacerlo reaparecer, resucitarlo, en su forma original o en una análoga, parece que lo más temido fuera el intervalo entre la pérdida del objeto malo y su remplazo por un objeto bueno. (Green, 1990, p. 81)

El yo de Ana, replegado sobre sí mismo en ese muro de piedra y autosuficiente, parecía expulsar, anular, tal vez odiar y destruir todo objeto que provocara un aumento intolerable de tensión psíquica. Pero el odio no es siempre patológico, puede ser una respuesta a una amenaza a la supervivencia de uno mismo. Para Freud (1915/1986c), el odio es anterior al amor y

brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos. Como exteriorización de la reacción displacentera provocada por objetos, mantiene siempre un estrecho vínculo con las pulsiones de la conservación del yo. (p. 133)

Sin embargo, también suele estar intensificado por motivaciones inconscientes, como, por ejemplo, la búsqueda de venganza originada en una herida que alcanzó a estos pacientes en lo profundo de su ser y devastó su narcisismo.

En esta línea, J. McDougall (1982/1987) advierte que aquellos que han logrado construir una fortaleza narcisista entre ellos y los otros no solo protegen sus propios *selves* y su universo interno, sino también a los demás, quienes, sin ellos saberlo, los arrastran hacia una relación que se considera potencialmente mortífera para ambos.

Kernberg (1992/1997), en esta línea, destaca el papel paradójico del odio en el sujeto consumido por este sentimiento, cuya meta es destruir su objeto específico de la fantasía inconsciente y también sus derivados conscientes, pero en el fondo el objeto es necesitado y deseado, y su destrucción es igualmente necesaria y deseada.

La posibilidad de establecer un vínculo amoroso con su pareja se expresó en mi paciente como un temor, una amenaza a revivir la situación traumática original. El objeto se torna rápidamente amenazante, persecutorio y, por lo tanto, el temor a perder sus límites y al derrumbe narcisista no pudo ser elaborado psíquicamente, buscando la descarga directa o la inmediata dispersión del afecto doloroso a través de actuaciones que colocaron a Ana al borde de la muerte. En el análisis sobre la melancolía, Freud (1917 [1915]/1986a) nos revela cómo el odio y las tendencias sádicas que recaen sobre el objeto han experimentado una vuelta sobre la persona propia, y el yo solo puede darse muerte si, en virtud del retroceso de la investidura de objeto, dirige hacia sí mismo esa hostilidad. Una forma de odio, destaca Kernberg (1992/1997), que a veces se expresa en el suicidio es aquella en la cual se identifica el sí-mismo como el objeto odiado y la autoeliminación es el único modo de destruir también el objeto.

Para terminar, destacaría que nos llevó varios años comprender qué se ocultaba detrás de esa inmovilidad que reproducía insistentemente en la

transferencia la imago de una madre ausente, casi inexistente. Una relación congelada y petrificada, cargada de aspectos mortíferos, que impidió durante un tiempo prolongado el despliegue en el escenario analítico de las escenas de amor y de odio en busca de un sentido diferente. Esta búsqueda intensa de su temor a quebrar esa existencia amurallada nos permitió analizar su uso constante de la identificación proyectiva y el efecto inhibitor, sobre ambas y especialmente sobre su existencia dolorosa.

Una madre deprimida por la muerte de su propio hermano. ¿Cuánto pudo haberle transmitido la madre ese duelo no elaborado? ¿Cuánto Ana pudo haberse identificado con ese duelo no elaborado de su madre como una forma de no perderla? ¿Qué significará entonces el encuentro con el otro? La inmovilidad fue evolucionando lentamente en la creación de un espacio vital potencial para los sentimientos en donde el odio se abre paso del «hueco», de la nada, como una fuerza vital que habilita el proceso de subjetivación y de separación también de ese muerto en el otro. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Bion, W. R. (1980). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1962).
- Botella, C. y Botella, S. (2001a). *La figurabilidad psíquica*. Amorrortu.
- Botella, C. y Botella, S. (2001b). *Más allá de la representación*. Promolibro.
- Freud, S. (1986a). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).
- Freud, S. (1986b). Lo ominoso. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 17). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Freud, S. (1986c). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (trad.). *Obras completas* (vol. 14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Garbarino, H. (1986). Vínculo psicótico. En H. Garbarino, *Estudios sobre narcisismo*. Roca Viva.
- Green, A. (1986). *Narcisismo de vida y narcisismo de muerte*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1983).
- Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Amorrortu.
- Green, A. (1995). *El trabajo de lo negativo*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1993).
- Kernberg, O. (1997). *La agresión en las perversiones y en los desórdenes de la personalidad*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1992).
- Kernberg, O. (2001). *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1975).
- McDougall, J. (1982). *Alegato por una cierta anormalidad*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1978).
- McDougall, J. (1987). *Teatros de la mente*. Tecnipublicaciones. (Trabajo original publicado en 1982).

- Rosolato, G. (1981). *La relación de desconocida*. Petrel.
- Roussillon, R. (1999). *Agonie, clivage et symbolisation*. PUF.
- Roussillon, R. (2004). La dépendance primitive et l'homosexualité primaire 'en double'. *Revue Française de Psychanalyse*, 2, 421-441.
- Roussillon, R. (2007). La función «límite» de la psique y la representancia. En R. Roussillon, *Organizaciones fronterizas: Fronteras del psicoanálisis* (pp. 191-206). Lugar.
- Schkolnik, F. (2007). El trabajo de simbolización: Un puente entre la práctica psicoanalítica y la metapsicología. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 104, 23-39.
- Steiner, J. (1997). *Refugios psíquicos*. Biblioteca Nueva.
- Viderman, S. (1970). *La construction de l'espace analytique*. Denoël.
- Winnicott, D. W. (1965). *The maturational process and the facilitating environment*. Karnac.
- Winnicott, D. W. (1971). *Playing and reality*. Basic Books.